

El átomo de las 2.000 partículas

Meter 1.500 trabajadores en un lugar donde normalmente hay 500 tiene sus peculiaridades. La vida en la central es frenética pero, en el caos, cada cual ejecuta la parte que le toca con la precisión que requiere el bien común

Álvaro Melcón / Garoña

Una vez que has pasado los controles de seguridad de una central nuclear lo de embarcar en un avión es como entrar en el supermercado. Sin embargo, en Santa María de Garoña los casi 2.000 trabajadores que a lo largo de este mes coinciden en sus dependencias se mueven como autómatas sin reparar en más asuntos que el trabajo que se traen entre manos.

Acceden al recinto acreditados y con una finalidad concreta, superan los controles, muy estrictos desde el 11-S, y avanzan por las calles plagadas de decenas de oficinas portátiles que las empresas contratadas para acometer cerca de 7.000 trabajos disponen para la ocasión. Tras revisar con el supervisor de turno el tajo del día, comienzan intensas jornadas que sumarán cientos de miles de horas de trabajo para que, conforme al plan de parada, la central vuelva a estar operativa a comienzos del mes de abril.

Esa actividad convierte a la planta en el municipio más poblado de su entorno y, claro, requiere de todos los servicios que tendría cualquier municipio de 2.000 habitantes. Aquí el Ayuntamiento es el Servicio Administrativo en Recarga (SAR) y el concejal de logística, el jefe del asunto, es Javier Fernández. En las dependencias del SAR hay seis personas con periféricos colgados de las orejas para atender las llamadas que suenan al alimón en todas las mesas del Servicio. «Esto es como una línea caliente», cuenta Fernández, que se toma con humor la avalancha de peticiones que atiende durante la parada.

«Ahora estamos en alerta perpetua porque desde aquí se gobiernan dos líneas de autobús, con inicio en Miranda y Medina, en las que movemos más de medio centenar de vehículos, taxis aparte. También cubrimos las necesidades del comedor, de entrada de material, montamos las oficinas para cada empresa con líneas vía satélite, fax y teléfono... Somos, en definitiva, la ventanilla única de la logística», amplía un Fernández que es «incapaz» de saber «cuántas peticiones atendemos cada día» y que es el agua en el desierto para quienes «vienen por primera vez y se topan con el mundo nuclear, que tiene sus particularidades».

Ellos informan a protección radiológica de quién entra, quién sale y para qué. Ellos informan sobre los hospedajes en la comarca (los ayuntamientos les remiten toda la información), ellos se encargan de las comunicaciones, de las taquillas... Pues eso, el agua en el desierto. Pero el equipo del SAR no es el único que anda atacado estos días. Hay un señor de Córdoba que se llama Arturo Miguel Vargas Castro que hoy ha cambiado la bata por el buzo y se mueve como la pelota en un partido de tenis.

Además de ser el médico jefe de la planta, es el máximo responsable en la prevención de riesgos laborales y dirige el hospital de la central, que aprovechamos para husmear. «Aquí tengo a los tíos más sanos del Valle y lo más que nos entra en el hospital es un tobillo o una muñeca, pero hay que controlar los riesgos laborales y también llevar un exhaustivo control médico de todos los que están y todos los que han estado alguna vez trabajando aquí». ¿Todos? «Todos, mira, te lo enseño».

Vargas nos lleva hasta un archivo estanco preparado para sobrevivir a cualquier incidencia, por grave que sea, en el que se guardan 15.000 historias clínicas que se corresponden con las de todos los empleados (fijos, eventuales o trabajadores de empresas externas contratadas por Nuclenor) que ha habido en Garoña. «Deben de quedar guardados incluso 30 años después de que se cierre la central. Aquí pasamos cuatro o cinco analíticas al año, ecografías y, sobre todo, estamos pendientes de la radiación ionizante, que es el peligro que pudiera entrañar esto».

Pero han pasado 40 años y entre esos 15.000 expedientes -que también están informatizados y que «constituyen el mejor estudio epidemiológico que se puede hacer en el Valle»- no hay ni un solo caso registrado de emergencia por exposición a la radiación. El nivel uno del hospital, que es poco menos que un búnker con accesos independientes y preparado para quedar aislado en caso de que se produzca un siniestro grave, «es un museo que compramos de Lemóniz y que nunca hemos utilizado». Aún así, comprobamos que se encuentra en perfecto estado y disponible para ser utilizado.

Camino del cerebro

Al salir del hospital es la una de la tarde y una marea de buzos se mueve acompasadamente en la misma dirección. No es el cambio de turno, es la hora de comer y oímos que hoy van a almorzar o cenar en la central más de 1.600 personas. Vamos a comprobarlo y, ya de paso, a ver si cae algo.

Por el camino entramos en los talleres de mantenimiento, el lugar donde hay una réplica del reactor y en el que se prueban todos los equipos antes de incorporarlos a la planta. Es también el centro de I+D de



Un grupo de trabajadores descansa en los vestuarios. El 'uniforme' especial para entrar al reactor es integral, ropa interior incluida.

Jesús Javier Matías

Nuclenór. Desde una cabina de cristal hay un jefe que parece que está consultando los papeles que tiene en la mano pero que, en realidad, está vigilando por encima de sus gafas el movimiento del personal. I+D sí, es obvio, pero también lo es que estamos en los talleres porque en las paredes no falta la playmate del mes. En el restaurante es fácil saber quién manda. Almudena Fernández lleva 25 años trabajando en la central; antes que ella su padre lo hizo 33 años. Ahora gobierna los famélicos estómagos de los trabajadores que vienen y van. El precio del menú es irrisorio y la variedad apetecible. «Aquí les dejamos a todos contentos, lo mismo a los americanos que a los de Cuenca», nos advierten en cocina. Oído.

Fernández nos explica que hoy serán 1.000 comidas y unas 600 cenas, en varios turnos y con diferentes horarios. «Empezamos a cocinar a las siete de la mañana y terminamos de servir a las dos y media de la madrugada, pero tengo un equipo de 52 personas de las que 17 están con nosotros todo el año; ellos lo hacen posible», advierte. ¿Y en cocina, cómo se lo montan? «Con mucho cariño», dice Alfredo, que es el jefe ahí dentro. Almudena hoy ha tenido el día movidito. Ha negociado a última hora 500 bollos más con el panadero de la zona y tiene que asegurarse de que en despensa hay tonelaje suficiente como para preparar varios platos diferentes en los días venideros.

«Los proveedores están siempre atentos. Además, aunque compramos primeras marcas, trabajamos con los distribuidores de la zona y nos dan prioridad», cuenta. «Nos han jodido», pensamos, están las cosas como para perder un cliente así. Otra vez surge el inevitable debate sobre el impacto económico de la central en la zona y la jefa del comedor, que es de Trespaderne, no se muerde la lengua. «Lo que pasa es que la gente habla con mucha alegría. Es una gozada ver todos los días en el cruce del pueblo dos autobuses llenos de gente, de Trespaderne o que está con nosotros porque trabaja en la central, salir cada día para ir a currar. Esto es un maná para el Valle, ¿cuántos se quedarían si no tuviéramos la central?». Palabra de Almudena. Y mientras unos van y otros vienen, la pregunta es cómo estará el cerebro de la central si por sus venas corren riadas de personas. Es el momento de entrar en la sala central de control, el lugar donde si se mueve un solo cable de los millones de conexiones que hay en Santa María de Garoña salta un aviso que se comprueba ipso facto. Es una enorme sala poliédrica rodeada de un panel de mando con miles de chivatos, interruptores y medidores para los que a uno se le antoja una oposición de diez años solo para saber qué es cada cosa. «¿Te parece mucho? Pues ven aquí atrás», nos invita Francisco Rodríguez, el jefe de turno de la sala de control.

Tenía razón, en la parte trasera el mar de cables es insondable. «Aquí todo tiene un por qué y no se hace nada sin ser verificado por duplicado; todo es lento, pero así es seguro», nos explica. Ahora mismo tiene decenas de chivatos de alarmas encendidos por todo el panel. ¿Me voy corriendo?, pregunto. «Te puedes quedar. Al entrar en parada hay muchos equipos que están en niveles anormales y esos chivatos nos lo están advirtiendo, pero aquí sabemos por qué están encendidos, qué trabajo se está haciendo y dónde».

Rodríguez, que conoció la central «cuando no había ordenadores», también sufre la parada a su manera. «Aquí nos llaman diciendo que les falta luz o agua y para todos lo suyo es lo primero. Aprovechando la parada estamos revisando y haciendo el mantenimiento de cientos de equipos y hay cierta locura porque esto es el centro neurálgico. Lo que tenemos que asegurar es que todo funciona correctamente, también las alarmas claro, y eso es un trabajo muy distinto al de cuando estamos en funcionamiento normal».

Dejamos a Francisco con sus chivatos, a Almudena llenado estómagos, a Arturo echando broncas a los que no llevan a rajatabla las normas de riesgos y a Javier con las orejas echando humo. En las horas que hemos pasado dentro de la planta han entrado o salido más de 1.000 personas y, la verdad, ni siquiera molesta que estén sonando los dos móviles a la vez.